



✠ Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc 1, 26-38)
 En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón de la estirpe de David, llamado José. La virgen se llamaba María. Entró el ángel a donde ella estaba y le dijo: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo". Al oír estas palabras, ella se preocupó mucho y se preguntaba qué querría decir semejante saludo. El ángel le dijo: "No temas, María, porque has hallado gracia ante Dios. Vas a concebir y a dar a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y él reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reinado no tendrá fin". María le dijo entonces al ángel: "¿Cómo podrá ser esto, puesto que yo permanezco virgen?" El ángel le contestó: "El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso, el Santo, que va a nacer de ti, será llamado Hijo de Dios. Ahí tienes a tu parienta Isabel, que a pesar de su vejez, ha concebido un hijo y ya va en el sexto mes la que llamaban estéril, porque no hay nada imposible para Dios". María contestó: "Yo soy la esclava del Señor; cúmplase en mí lo que me has dicho". Y el ángel se retiró de su presencia».

MEDITACIÓN DEL PAPA FRANCISCO

En el Evangelio de hoy resuena el saludo del Ángel a María: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lucas 1, 28). Dios siempre ha pensado en ella y la ha querido, para su plan inescrutable, como una criatura llena de gracia, es decir, llena de su amor. Pero para llenarse es necesario hacer espacio, vaciarse, hacerse a un lado. Como María, que supo escuchar la Palabra de Dios y confiar totalmente en su voluntad, aceptándola sin reservas en su propia vida. Tanto es así que el Verbo se hizo carne en ella. Esto fue posible gracias a su "sí". Al ángel que le pide que se prepare para ser madre de Jesús, María le responde: «He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra» (v. 38). María no se pierde en tantos razonamientos, no pone obstáculos al camino del Señor, sino que confía y deja espacio para la acción del Espíritu Santo. Pone inmediatamente a disposición de Dios todo su ser y su historia personal, para que la Palabra y la voluntad de Dios los modelen y los lleven a cabo. Así, en perfecta sintonía con el designio de Dios sobre ella, María se convierte en la "más bella", en la "más santa", pero sin la más mínima sombra de complacencia. Es humilde. Ella es una obra maestra, pero sigue siendo humilde, pequeña, pobre. En ella se refleja la belleza de Dios que es todo amor, gracia, un don de sí mismo. (Ángelus, 8 diciembre 2019)



MEDITACIÓN DE BENEDICTO XVI

Quisiera reflexionar sólo sobre tres palabras de este rico evangelio.

La primera palabra que quisiera meditar con vosotros es el saludo del ángel a María. (...) : "alégrate", "regocíjate". Es propiamente la primera palabra que resuena en el Nuevo Testamento, porque el anuncio hecho por el ángel a Zacarías sobre el nacimiento de Juan Bautista es una palabra que resuena aún en el umbral entre los dos Testamentos. Sólo con este diálogo, que el ángel Gabriel entabla con María, comienza realmente el Nuevo Testamento. Por tanto, podemos decir que la primera palabra del Nuevo Testamento es una invitación a la alegría: "alégrate", "regocíjate". El Nuevo Testamento es realmente "Evangelio", "buena noticia" que nos trae alegría.

Dios no está lejos de nosotros, no es desconocido, enigmático, tal vez peligroso. Dios está cerca de nosotros, tan cerca que se hace niño, y podemos tratar de "tú" a este Dios.

El mundo griego, sobre todo, percibió esta novedad; sintió profundamente esta alegría, porque para ellos no era claro que existiera un Dios bueno, o un Dios malo, o simplemente un Dios. La religión de entonces les hablaba de muchas divinidades; por eso, se sentían rodeados por divinidades muy diversas entre sí, opuestas unas a otras, de modo que debían temer que, si hacían algo en favor de una divinidad, la otra podía ofenderse o vengarse.

Así, vivían en un mundo de miedo, rodeados de demonios peligrosos, sin saber nunca cómo salvarse de esas fuerzas opuestas entre sí. Era un mundo de miedo, un mundo oscuro. Y ahora escuchaban decir: "Alégrate; esos demonios no son nada; hay un Dios verdadero, y este Dios verdadero es bueno, nos ama, nos conoce, está con nosotros hasta el punto de que se ha hecho carne". Esta es la gran alegría que anuncia el cristianismo. Conocer a este Dios es realmente la "buena noticia", una palabra de redención (...)

Esta alegría que hemos recibido no podemos guardarla sólo para nosotros. La alegría se debe compartir siempre. Una alegría se debe comunicar. María corrió inmediatamente a comunicar su alegría a su prima Isabel. Y desde que fue elevada al cielo distribuye alegrías en todo el mundo; se ha convertido en la gran Consoladora, en nuestra Madre, que comunica alegría, confianza, bondad, y nos invita a distribuir también nosotros la alegría.

La segunda palabra que quisiera meditar la pronuncia también el ángel: "No temas, María", le dice. En realidad, había motivo para temer, porque llevar ahora el peso del mundo sobre sí, ser la madre del Rey universal, ser la madre del Hijo de Dios, constituía un gran peso, un peso muy superior a las fuerzas de un ser humano. Pero el ángel le dice: "No temas. Sí, tú llevas a Dios, pero Dios te lleva a ti. No temas".

Esta palabra, "No temas", seguramente penetró a fondo en el corazón de María. Nosotros podemos imaginar que en diversas situaciones la Virgen recordaría esta palabra, la volvería a escuchar. En el momento en que Simeón le dice: "Este hijo tuyo será un signo de contradicción y una espada te traspasará el corazón", en ese momento en que podía invadirla el temor, María recuerda la palabra del ángel, vuelve a escuchar su eco en su interior: "No temas, Dios te lleva".

Luego, cuando durante la vida pública se desencadenan las contradicciones en torno a Jesús, y muchos dicen: "Está loco", ella vuelve a escuchar: "No temas" y sigue adelante. Por último, en el encuentro camino del Calvario, y luego al pie de la cruz, cuando parece que todo ha acabado, ella escucha una vez más la palabra del ángel: "No temas". Y así, con entereza, está al lado de su Hijo moribundo y, sostenida por la fe, va hacia la Resurrección, hacia Pentecostés, hacia la fundación de la nueva familia de la Iglesia.

"No temas". María nos dice esta palabra también a nosotros. Nuestro mundo actual es un mundo de miedos: miedo a la miseria y a la pobreza, miedo a las enfermedades y a los sufrimientos, miedo a la soledad y a la muerte. En nuestro mundo tenemos un sistema de seguros muy desarrollado: está bien que existan.

Pero sabemos que, en el momento del sufrimiento profundo, en el momento de la última soledad, de la muerte, ningún seguro podrá protegernos. El único seguro válido en esos momentos es el que nos viene del Señor, que nos dice también a nosotros: "No temas, yo estoy siempre contigo". Podemos caer, pero al final caemos en las manos de Dios, y las manos de Dios son buenas manos.

La tercera palabra: al final del coloquio, María responde al ángel: **"He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra"**. María anticipa así la tercera invocación del Padre nuestro: "Hágase tu voluntad". Dice "sí" a la voluntad grande de Dios, una voluntad aparentemente demasiado grande para un ser humano. María dice "sí" a esta voluntad divina; entra dentro de esta voluntad; con un gran "sí" inserta toda su existencia en la voluntad de Dios, y así abre la puerta del mundo a Dios. Adán y Eva con su "no" a la voluntad de Dios habían cerrado esta puerta.

"Hágase la voluntad de Dios": María nos invita a decir también nosotros este "sí", que a veces resulta tan difícil. Sentimos la tentación de preferir nuestra voluntad, pero ella nos dice: "¡Sé valiente!, di también tú: "Hágase tu voluntad"", porque esta voluntad es buena. Al inicio puede parecer un peso casi insoportable, un yugo que no se puede llevar; pero, en realidad, la voluntad de Dios no es un peso. La voluntad de Dios nos da alas para volar muy alto, y así con María también nosotros nos atrevemos a abrir a Dios la puerta de nuestra vida, las puertas de este mundo, diciendo "sí" a su voluntad, conscientes de que esta voluntad es el verdadero bien y nos guía a la verdadera felicidad.

Pidamos a María, la Consoladora, nuestra Madre, la Madre de la Iglesia, que nos dé la valentía de pronunciar este "sí", que nos dé también esta alegría de estar con Dios y nos guíe a su Hijo, a la verdadera Vida. Amén.

MEDITACIÓN DEL P. TOMÁS MORALES

La Virgen misma dictó el encantador relato de la Anunciación. Era natural que la Virgen lo hiciese así. Ella misma quería relatar a sus hijos la escena íntima y sencilla en que quedó constituida, al mismo tiempo, Madre de Dios y Madre de todos los hombres. Ella misma, guiada por el Espíritu Santo, nos la transmite con un cariño exquisito de madre ternísima. Y nosotros la recogemos de sus labios con verdadero fervor, como Lucas o como Juan.

Dios busca una Madre

El ángel Gabriel fue enviado por Dios... a una Virgen. Busca Dios una Madre Virgen. Aprendamos los gustos de Dios. Ni oro, ni lujo, ni vanidad. Una sencilla mujer oculta en la aldea. Ni siquiera busca a la pecadora arrepentida. ¡Busca a la Inmaculada! Y la Virgen está en oración, embelesada, hundida en Dios, con sencillez, sin afectación. Irradia pureza, «carne angelizada», dice San Bernardo al contemplarla en esta escena, unos instantes antes de la Encarnación.

Inefable era su unión con Dios. Saboreaba las palabras proféticas del Antiguo Testamento. Suspiraba por la venida del Redentor. *De la raíz de Jesé brotará un tallo, y una flor se abrirá... He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo, Emmanuel, Dios con nosotros* (cf. Is 7,14). No pensaba que ella sería la Madre afortunada. Absorta en el amor, en Dios, no había tenido un instante para acordarse de sí misma. Además, se había cerrado la puerta al ofrecer a Dios su virginidad. Era un oprobio para las hebreas no tener hijos, pues con esto se excluía la posibilidad de llegar a ser madre del Mesías.

Desde las alturas del cielo, Dios eterno, envuelto en majestad y omnipotencia, está contemplando «toda la planicie y redondez de la tierra» (san Ignacio), llena de oscuridad e inmundicia.

Un punto luminoso destaca en las sombras: María. Su mirada se detiene.

La ve tan pura, tan hermosa, tan inmaculada, tan encendida en amor a Él... Se enamora de Ella, y decide venir a vivir en la tierra a su lado. *Envió Dios al ángel Gabriel a una virgen, a una virgen que le robó el corazón...* Y, al hacerlo, nos metió a Dios en el mundo, nos trajo la salvación, la vida eterna, la gracia a todos.

¡Mira la Estrella, invoca a María!

Y el Nombre de la Virgen era María. Paladear con el corazón el dulce Nombre de María cada instante de la vida, nos anima y enciende hasta amarla con locura. Repetir muchas veces con amor creciente: *Y el Nombre de la Virgen era María...*

El alma se llena de aliento y confianza, y en seguida recuerda las palabras de otro enamorado de María en el siglo XII: «Si los vientos de las tentaciones se desencadenan y chocas con los escollos de tribulaciones, mira a la estrella, invoca a María. En los peligros, en las angustias, piensa en María, invoca a María. Que María no se separe nunca de tus labios ni de tu corazón». Dios te salve, María; llena de gracia, el Señor es contigo, bendita entre todas las mujeres...

Se turbó...

Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquel. Hay flores que se cierran al tacto. Hay almas que enrojecen de pudor cuando se las alaba. Viven en verdad, son humildes, saben que nada tienen que no hayan recibido. María, al oír al ángel, quedó sorprendida, se turba. Nunca ha hecho otra cosa que mirar a Dios. No le había quedado tiempo para mirarse a sí misma. La hija de una reina poderosa crece sin reparar en su nobleza. La belleza de la rosa es que, siendo tan hermosa, no conoce lo que es. Ama tanto a Dios...

Ni siquiera tienen tiempo de reflexionar en este amor. Es que la reflexión paraliza el amor. Por eso, se turbó con esta salutación del ángel, y discurría qué podrían significar aquellas palabras. Como la azucena, se abre ante Dios, sin preferirse ni compararse a nadie. Un corazón abierto a sólo Dios, eso es María. Perfume de virginidad la inunda. Contagia a cuantos se le acerquen.

¡Hágase!

He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra. Acaba de oír al ángel: *Porque para Dios nada hay imposible; el Espíritu Santo descenderá sobre ti.* Y la Virgen, al comprender que podrá ser madre sin dejar de ser virgen, acepta el mensaje. Doble aureola la envolverá en sus fulgores: la virginidad más pura, la maternidad más fecunda. Y María pliega sus manos sobre el pecho, inclina la cabeza: *Aquí, la esclava del Señor.* Es la palabra que estaban esperando millones de hombres para redimirse. La salvación del mundo pendiente del «sí» de una niña. Y en un instante se realiza el portento de la encarnación. Dios se encierra en el seno purísimo de María.

La Virgen ha pronunciado su *Fiat* con sencillez y naturalidad. Es un día corriente. A la puerta de la casita de Nazaret se oyen voces. Son algunas mujeres del pueblo. Lllaman, y María se presenta para abrir. Le piden un favor, y lo hace con gracia y amabilidad. Sublimidad y sencillez hacen las obras de Dios. La Redención del mundo, la Encarnación que la inaugura, se realiza sin aparato escénico, sin propaganda ruidosa. La sabiduría del mundo, locura para Dios. Quiso salvar al mundo por la locura de su mensaje, nos repite Pablo.

Y el Verbo se hizo carne. «Él, hecho hombre por mí. Confusión, agradecimiento, coloquio con ella. Más entrega. Más. Santidad ambiciosa. Que siempre te sienta como ahora. ¡Que arda en amor! ¡Que me queme amando, más santo, más, más, más! ¡Qué siga unido a Ti con el regalo de tus caricias! Como ahora, ¡no! ¡Más! Más luego, más siempre. Tú que me has robado el corazón» (Jesús Palero).